

**CAMILO JOSE
CELA**

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**PRIMER
VIAJE
ANDALUZ**



Camilo José Cela resulta insuperable en sus descripciones de los paisajes y las gentes de España. Vagabundo, según se define él mismo, por los caminos de la piel de toro, Cela nos ofrece siempre su magistral captación de detalles, unas veces humorísticos y otras profundamente humanos, todo ello apoyado en una amplia erudición.

Aquí tenemos oportunidad de viajar con él por tierras de Andalucía, un país de por sí lleno de maravillosas sorpresas, cargado de historia y poseedor de ricos aspectos humanos. Esta es una obra dentro de la mejor tradición celiana, que proporcionará al lector un inigualable solaz.

A mi compadre Bartolo Salvaleón, sacristán de Torre de Miguel Sesmero (Badajoz), que murió malamente en las canijas aguas del arroyo que dicen la Pijotilla.

IN MEMORIAM

Que Dios le haya perdonado, como yo a Dios suplico que me perdone el no haberle perdonado al muerto su fuga de este bajo mundo sin haberme pagado los seis duros que le gané a la garrafiña y que jamás le perdoné.

Y a Narciso Mantas, vagabundo y cantaor de flamenco, y a su señora, Leocadia Sanz, alias Caracola, que abrió tienda de ayes y despojos, hace ya muchos años, en el Campo de Gibraltar.

IN MEMORIAM

Él fue corniveleto, y ella, casquiveloz y de hondos ojos.

Sedié el mes de Mayo coronado de flores, afeitando los campos de diversas colores, organeando las mayas, e cantando d'amores, espigando las mieses que sembran lavradores.

JUAN LORENZO DE ASTORGA,
Libro de Alexandre.

*Eso de moverse mucho
y de ir de aquí para allí
no es cosa que desarrolle
ni aumente mucho el magín.*

PÍO BAROJA,
Canciones del suburbio.

Introducción

En Madrid hay una tienda de ultramarinos finos que se llama *El sol sale para todos*. En Palma de Mallorca florece una zapatería a la que el dueño, por razones un tanto prolijas, bautizó *La fuerza del destino*. También en Palma, en la calle de Jaime II, luce su tentadora muestra *María de los huevos*, huevera, poetisa y autora de seriales para la radio. Esto de los nombres del comercio es algo muy misterioso, algo de alcances muy remotos e incluso un tanto insospechados.

El vagabundo —desde su cuartel de Madrid y su campamento de Mallorca— va a dar la última vuelta a este su libro, comenzado, como cabe suponer, al sol y al aire —y también a la luna y al viento— de hace ya varios años. El andar tierras y comunicar con diversas gentes —nos dice Miguel de Cervantes en el *Coloquio de los perros*— hace a los hombres discretos. El vagabundo sospecha que, al menos, desasna el sentimiento, pule la inclinación y doma y peina el hirsuto pelo de la dehesa, que es siempre el peor y el más duro y zahareño.

A veces el vagabundo discurre que los pies tienen alma, como alma tiene el corazón. En el camino, son los pies los que piensan; también los que aman y los que padecen. En el camino, a los pies les nace una brújula entre los dedos, un minúsculo ingenio que sirve para aconsejar. Entonces, cuando los pies frutan, tímidos y robustos como majuelos, es cuando se camina a gusto y sin pensar. ¿Ese pueblo?

No; ese pueblo, no. Si, aquella alquería, la casa del ribazo, el molino, también la vaguadilla donde salta la rana y vive la lombriz.

Bartolo Salvaleón, sacrismoche raído y tumbamartillos, murió en un charco —¡quién lo había de decir!— y con la faz serena en su ruin visaje. Córrase un velo piadoso. Narciso Mantas, a quien también estas páginas van dedicadas, murió en el camino y abrazado a su guitarra, que tenía la espinela partida. El sol, aquel día soleado, no salió para él. El fiel Unamuno —proclamado mentor de andariegos— nos habló de que se viaja no buscando aquel lugar al que se va, sino escapándose de aquel del que se parte.

La señora de Narciso Mantas, Leocadia Sanz, alias *Caracola*, en tiempos maturranga en San Roque peinada al gusto inglés, murió en el hospital y con la bolsa sorda. Trotona que no olvidó la querencia de las malas mañas, Leocadia Sanz, alias *Caracola*, tuvo un final amargo y de ejemplarizadora moraleja. El leal Quevedo —confesado bordón de perdidos— nos advirtió que nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres. Pero tampoco vale resistirse: Calahorra es Calahorra y cada cual es cada cual. La vida —y, con ella, sus andaduras y sus sosiegos— va por donde quiere ir; por eso, a veces, las zapaterías tienen filosóficos y resignados nombres pintados encima de la puerta. Como nos legó el poeta Escamilla, penito en Mahón por haber olvidado sus saludables sentencias.

*Es la fuerza del destino
de cada hijo de vecino:
y quien cambia el pan en vino
y en placeres el trabajo,
al final se va al carajo
sin torcerse del camino
o el atajo.*

A pesar de todo —¡albricias, ínclita *María de los huevos*, Dios te guarde y a todos nos coja confesados!—, el vagabundo se echa otra vez al camino.

MATERIALES CON LOS QUE CUALQUIER SÁBIO TRATADISTA HUBIERA PODIDO COMPONER UN PRÓLOGO

TRANCO PRIMERO

EPÍSTOLA PRIMERA

*(De Fray Leoncio de la Castidad a su
prima Sara Taramundi, comadrona con-
quense).*

Y muy en serio he de reconvenirte que midas mejor medi-
dos los pasos que vas dando, que para mí reputo que han
de conducirte al Fuego Eterno. Y no has de dar oídos a va-
na palabrería de vagabundos, que suelen ser gentes sin
mayores principios y poco amigos de conciencias y respon-
sabilidades.

.....

EPÍSTOLA SEGUNDA

*(De Sara Taramundi, comadrona con-
quense, al Licenciado don Nicolás de Bari
López López, su exnovio).*

Nicolás

Desearé que al recibo de estas letras te encuentres bien
de salud, aunque no te lo mereces, en compañía de tu ma-

má y hermanas, como yo, por el momento, bien sigo, gracias a Dios sean dadas. Pues sabrás, Nicolás, que ya no puedo llamarte Nicolás mío, como me pides, porque lo nuestro ha terminado, que yo no puedo transigir con lo que me contaron que hiciste en Sacedón, porque yo, Nicolás, te digo que midas mejor medidos los pasos que vas dando, que para mí reputo que han de conducirte al Fuego Eterno. Pues sabrás, Nicolás, que me hiciste sufrir mucho y que la culpa fue mía por haber dado oídos a vana palabrería de...

.....

EPÍSTOLA TERCERA

(De don Nicolás de Barí López López, licenciado en Farmacia, a su amigo Sotero Muedra, enterrador del Burgo de Osma).

Pues te digo lo que te digo, ya que con resignación he de llevar el desplante que me hizo la Sarita, que me mandó a la mierda, sin más ni más. Créeme, Sotero, que echo de menos nuestros días del Regimiento de Bailén, días en los que, jóvenes aún, ignorábamos las veleidades del corazón de la mujer. Porque la mujer, Sotero, a veces es muy animal. La Sarita no es que fuese muy animal...

.....

TRANCO SEGUNDO

LIGERAS ADIVINACIONES, DE VIVA VOZ, SOBRE LAS ARTES DEL VAGABUNDAJE

—Dicen, quienes lo saben, que es como una enfermedad, igual que un raro alifafe que parece inventado para batir las carnes y no dar punto de sosiego al hueso.

—No lo crea; esto de andar trotando es más sencillo. Ya ve usted: ese amigo del que le hablo, Dupont, ¿recuerda?, se fue para su Francia por el camino de las fuentes del Baztanzubi, más acá del monte Otamburdi. No quiso venirse conmigo hasta más allá de Despeñaperros. Yo le dije: ¿se viene usted para ahajo? Y él me respondió: no, perdóneme usted, yo me voy para mi país. Entonces yo le dije: bueno. Después nos dimos la mano. Me quedé un poco triste, puede creerme, porque era un gran caballero... Seguramente, hasta era de buena familia.

TRANCO TERCERO

AVISO AL QUE LEYERE

Desde Narvarte hasta Despeñaperros —donde este libro debiera comenzar— hay muchas leguas reales de camino, muchas leguas navarras y castellanas, muchas leguas valencianas y manchegas, mucho tomate —es un decir— y mucho polvo. La legua castellana tiene 6667 varas de Burgos, de tres pies cada una; el pie vale algo así como palmo y medio no muy cumplido. La legua navarra es más pequeña; algo mayor, la valenciana; algo mayor aún, la manchega, y más larga que ninguna, la real, que cuenta hasta muy cerca de los siete kilómetros.

El vagabundo, cuando la falta de cuartos y otras circunstancias lo ponen en trance de escribirlas, divide sus correrías en dos clases: las cortas y las largas. Las cortas son más intensas y las largas como más al paio. Al objeto de no confundir a los historiadores, gentes a las que conviene dar las cosas con suficiente claridad, el vagabundo, que no es muy partidario de los géneros literarios y mucho menos aún de su parcelación, arbitró publicar unas con un editor y otras con otro, con lo cual, si bien mirado no complace a ninguno, sí, en cambio, tranquiliza su conciencia y pone orden en su cabeza, actitudes ambas que se le antojan plausibles.

Desde Narvarte, se venía diciendo, hasta Despeñaperros hay más de media España. Si el vagabundo hiciese sus viajes con arreglo al método y a las ciencias, seguramente encontraría la manera de casar los unos con los otros, de forma que el ensamblaje de estos unos con aquellos otros viniera a resultar algo así como la geografía de España, pero como el vagabundo hace sus singladuras a la buena de Dios y a lo que caiga —que también encierra su ciencia y no deja de tener su método—, sus libros quedan como piezas sueltas, lo que quizá sea mejor.

Salir del Miño para llegar hasta el primer chorro del Bidasoa; bajar Navarra en busca de la Rioja; patearse Soria y Burgos para salir a Palencia y al reino de León; entrar en Ávila por la puerta salmantina de Béjar; seguir por Segovia a buscar el camino de la Alcarria; hacerse Madrid y la Mancha de Toledo, de Cuenca, de Albacete y de Ciudad Real; llegarse a la raya portuguesa por Extremadura; caminarse las cuatro o cinco Andalucías; asomarse a Murcia; tomar, de sur a norte, el reino moro de Valencia; andarse el rubio y misterioso Aragón; medir el principado de Cataluña desde el valle de Arán al pla tortosino, y embarcar en Salou, como el rey don Jaime, para venirse a escribir a la mediterránea Mallorca —con los ojos puestos, que es buen poner, en las remotas Canarias atlánticas— sería, a no dudarlo, un bello

experimento. El lector, probablemente, comprenderá que este bello experimento no es factible para un solo vagabundo, por bienintencionado que sea.

El vagabundo, nuestro vagabundo, sí es hombre de buena intención, pero también de días y de bolsa contados. En consecuencia —y por ello pide mil perdones—, sus vagabundajes son siempre un poco parciales e incompletos, un poco como deshilvanados y sin rematar. La vida no da para más. Si el Estado no fuera tan rígido y poco sentimental; si el Estado fuera más patriota y sensible, a él podría pedírsele que, sin abusar, apalabrara unos cuantos vagabundos que le explicaran España, esa cosa que el Estado, en España, históricamente ignora. Entre estos vagabundos habría que hacer una excepción: la del que suscribe; son obvias las razones.

El vagabundo, en sus juveniles propósitos, pensó en hacerse solo todo el camino. Después, como no deja de ser lógico, vino el tío Paco con la rebaja y el vagabundo se quedó en la mitad o menos. El vagabundo lleva escritos, a estas alturas, los cuatro libros —éste es el cuarto— que todo el mundo sabe. El vagabundo también tiene notas extensas y más que detalladas de las dos provincias extremeñas, de las Hurdes, de las Batuecas, de las provincias enteras de Valladolid, Palencia, Burgos, Soria, Zaragoza, Teruel y Castellón de la Plana, de la Rioja, del Pallars, del valle de Arán, del Alto Ribagorza y de Mallorca. Pero el vagabundo —vuelve a pedir clemencia— está cansado; quizás, incluso, muy cansado y a lo mejor, el día que menos se piensa, pone punto final y definitivo al capítulo, ya extenso en lo que cabe, de sus vagabundajes. Será, sin duda, un día doloroso para él.

Desde Narvarte hasta Despeñaperros hay más de media España, como se dijo. Y a esta media y más que media larga España, el vagabundo, en trance de caminarla otra vez, no quisiera dejar de mirarla, si brevemente, también amorosamente, antes de asomarse al extraño y dilatado confín

andaluz. Por eso, quizás, este libro, que se llama *Primer viaje andaluz*, empieza muy lejos de Venta de Cárdenas, la llave de la tierra de María Santísima.

Por eso y por otras cosas también.

CAPÍTULO PRIMERO
POR LAS TROCHAS NAVARRAS

1. VENTAS EN EL CAMINO

Otra vez en navegante solitario, en pájaro sin oriente, en lagarto al aire, el vagabundo, después de que su amigo Dupont —viejo y honesto sátiro podador de bolsillos infantiles a cambio de sus rosas de pétalos de papel— se metió en su Francia, se vuelve sobre sus pasos para seguir caminando y masticando, siempre a vueltas como una peonza preñada, las anchas y entrañables y cambiantes tierras españolas, ese mundo en el que ya se pone el sol, pero en el que sigue, terne que terne y sin ocultarse, brillando la pálida y amorosa llamita de la ilusión.

—¿Y entonces?

—Sí, entonces, como siempre; andar y andar y Dios que me lo vaya permitiendo... No hay otro remedio y, bien mirado, también es mejor que no lo haya... ¿Para qué? Se necesitarían tres vidas bien cumplidas —quizá más— para cansarse de andar el país...

En Narvarte, de nuevo en el camino de Santesteban, a donde no llegará el vagabundo, luce, sobre la fachada de un chalet, el escudo de Navarra hecho con verde y cuidada enredadera, con trepadora amable y delicada. Santesteban es villa que se alza —o se agazapa— en el valle de Lerín, entre montes y arroyos y caseríos cuyos nombres aún suenan —ya en Navarra— con el son fragoroso de la vieja lengua del anciano Euzkadi. El vagabundo, por matar su tiempo, salmodia el romancillo de estas geografías, mientras las ve pintarse, grises y tiernas, sobre el cielo gris: